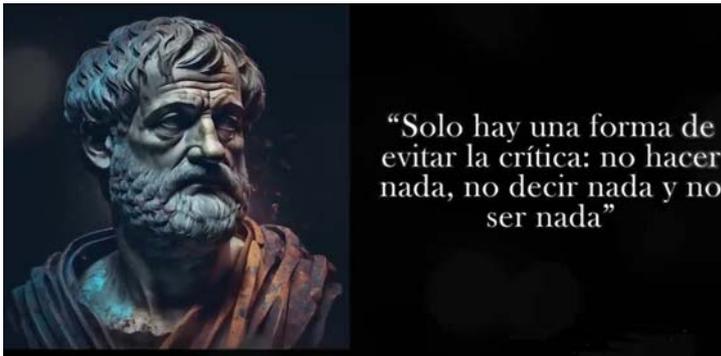


No podemos evitar las críticas



Se atribuye a Aristóteles esta afirmación, lo cual nos sugiere que, de ser ciertamente del filósofo, ya en la antigua Grecia la sociedad criticaba a sus miembros por sus acciones y por sus declaraciones.

Desde entonces hasta la actualidad, y posiblemente antes, *las personas tienen la costumbre de juzgar las ideas, los gustos, las preferencias y los comportamientos de las demás, independientemente de su edad, sexo o condición.*

Traigo este comentario a cuenta de quienes se esfuerzan diariamente en actuar: *hacer y decir*, de tal manera que nadie pueda juzgar de manera negativa y criticar sus decisiones, sus gustos, ideas o preferencias.

Durante los pasados 40 años de práctica profesional me he visto en la necesidad de explicar estas situaciones a personas de carácter débil, inseguras o perfeccionistas. Creo que con diversas consultas de asesoramiento respecto a los valores asertivos, lo he conseguido en un 90% de los casos atendidos. El otro 10% no pudo o no quiso cambiar sus valores y tuvo que seguir viviendo con angustia y sufrimiento, si bien les asistía el derecho a conservar sus creencias.

La cuestión se ha complicado de manera extrema con el inicio y diseminación de la conocida como **“cultura de la cancelación”**.

Considero que a nadie se le oculta que de unos años, pocos, a esta parte, desde las esferas de poder político y cultural, personas con influencia legislativa y educativa: presidentes de gobiernos, diputados, senadores ministros y otros cargos públicos, profesorado, decanos y rectores de Universidades, directores de medios de comunicación, periodistas y asociaciones creadas con la finalidad de implantar el “pensamiento único”, se llevan a cabo diversas acciones, legales y culturales, para “prohibir, perseguir y castigar” la discrepancia.

Algo incluso peor que la famosa Inquisición, porque, tal y como afirmaba Maite Pagazaurtundúa, hermana de Joseba, asesinado por la banda ETA 2003, refiriéndose al grupo terrorista: *“ahora no nos matan, pero no nos dejan vivir”*.

De un modo similar a las actividades que dirigía el dominico Torquemada, perseguidor de herejes y falsos conversos a la “religión verdadera”, en la actualidad se aprueban leyes, reglamentos y normas, con los que se pretende instaurar un pensamiento único, sin posibilidad de discrepancia porque, por ejemplo, ahora las personas no pertenecen todas al mismo “género”, el “género humano”, sino que existen personas con géneros diversos (mejor no mencionarlos aquí).

Las personas siempre tuvieron (cultural y legalmente) “sexo”, hombre o mujer, y sólo las palabras tenían “género”, masculino, femenino o neutro; además de “número”, singular o plural.

Yo tuve que aprender a distinguir:

- Caballo: masculino, singular
- Peonza: neutro, singular
- Vaca: femenino, singular
- Ovejas: femenino, plural
- Perros: masculino, plural

Pero ahora, por orden gubernativa o por presión cultural y social (tus familiares, amigos y vecinos) “**lo que siempre fue, ya no es**” y “**lo que nunca fue, ahora lo es**”.

Para no repetir una exposición sobre el tema y, pese a que la referencia siguiente es de la “muy cuestionable Wikipedia”, transcribo el texto actual sobre la cultura de la cancelación:

La cultura de la cancelación (de su original en inglés: cancel culture) es un *neologismo* que designa a un cierto fenómeno extendido de retirar el apoyo, ya sea moral, como financiero, digital e incluso social, a aquellas personas u organizaciones que se consideran inadmisibles, ello como consecuencia de determinados comentarios o acciones, **independientemente de la veracidad o falsedad de éstos**, o porque esas personas o instituciones **transgreden ciertas expectativas que sobre ellas había**.

Se ha definido como «una llamada a boicotear a alguien –usualmente una celebridad– que ha compartido una opinión cuestionable o impopular en las redes sociales».

El término *cancel culture* o *cancelling* comenzó a utilizarse en 2015, ganando mayor popularidad a partir de 2018, si bien es una política que tiene su origen en las primeras fases de la Alemania nazi hacia los judíos y quienes no participaban del nacional-socialismo.

El impacto de la cultura de la cancelación puede afectar seriamente la economía de los implicados, lo que se ejemplifica en los casos de artistas musicales como Kanye West o presentadores de televisión como Bill O'Reilly, Charlie Rose y Roseanne Barr.

A este fenómeno se le compara con un pacto propio del mundo digital, en el cual algunas personas acuerdan no apoyar más a una persona o medio. Lisa Nakamura de la Universidad de Míchigan describe esta cultura como «*un acuerdo para no amplificar, publicitar ni dar apoyo económico*», lo cual relaciona con la economía de la atención, concluyendo que «**cuando privas a alguien de tu atención, le privas de su modo de ganarse la vida**».

Esta situación “encaja perfectamente” con la afirmación anteriormente citada de que “ahora (la Inquisición) no nos mata (quema), pero no nos deja vivir...”

De modo que, si ya Aristóteles proponía a sus ciudadanos que *no hicieran nada, no dijeran nada*; esto es; que *no fueran nada, para evitar las críticas*, en la actualidad, la auto-represión de las ideas propias, los gustos, las preferencias, etc. tiene que tener como objetivo “poder vivir”: que no te anulen contratos, conferencias, te cierren canales de internet, te borren comentarios en redes sociales, dejen de invitarte a eventos sociales y más.

En resumen, lo que siempre fue un suceso de tipo social generalizado, según Aristóteles, ahora es un fenómeno social y político (a causa de la legislación) que ha instaurado la *cultura de la cancelación*.

Situación ésta que conlleva varias posibilidades de actuación, varias tomas de postura de cada persona:

Aprobación, aceptación de la realidad socio-política, asumiendo las tesis oficialistas de los diferentes lobbies: cambio climático, hiper-vacunaciones, feminismo, inmigración irregular, vehículos eléctricos, identidades de género,...

Resignación, aceptación de la realidad socio-política y adaptación a ella sin asumir las tesis oficialistas, lo que implica “guardar silencio”.



Resistencia pasiva, no aceptación de la realidad socio-política, conservar las ideas propias sin asumir las tesis oficialistas, pero actuar con prudencia para evitar la cancelación entre amistades, vecindad, familiares, ámbito laboral, Universidad, etc.

Resistencia activa, la más arriesgada de todas las opciones: no aceptación de la realidad socio-política, conservar las ideas propias sin asumir las tesis oficialistas, y actuar en cada ocasión defendiéndolas y, en su caso, criticando argumentalmente dichas tesis oficiales.